

"AD ASTRA PER ASPERA"

por Jorge C. Berriatúa

¿Por qué tenemos la acuciante necesidad de comunicarnos? ¿De dónde surge nuestro impulso comunicativo que no cesa desde que lo invocamos por primera vez tras emitir los primeros vocablos en nuestra más tierna infancia? Hablamos de la comunicación, un fenómeno inherente al ser humano como lo es la capacidad de caminar erguido o la de tener pensamientos complejos o abstraer. El término comunicación proviene del latín *communicare* y quiere decir "compartir" o "poner en común". Además del lenguaje de signos, de las representaciones pictóricas y de la música, dependiendo de la fuente a la que acudamos, en el mundo coexisten en la actualidad unas siete mil lenguas, algunas con fonemas inimaginables, otras con complejas sintaxis y, sin embargo, todas son milagros de la evolución de la especie humana en nuestra búsqueda de una mente que empatice con nuestros sentimientos, que entienda nuestro mensaje, en suma, alguien con quien podamos comunicarnos para compartir este impresionante viaje del ser humano que es la vida. Necesitamos comunicarnos con nuestros semejantes para mejorar nuestras oportunidades de supervivencia y, en último término, para sobrellevar nuestra dolosa existencia, de un modo más feliz, dentro de una comunidad.

Me pregunto qué se dirían los primeros homínidos descendidos de los árboles que asumieron, por primera vez en la historia del hombre, su incipiente pero ya evolucionado aparato fonador. Probablemente fuese una conversación ancestral acorde con su evolucionada, pero todavía primitiva, capacidad craneal. Probablemente fuese algo tremendamente vital, enormemente personal. Es posible que ambos ejemplares reclamaran su respectiva soberanía sobre el territorio que los dos habitaban. Incluso puede que la primera conversación fuese una reafirmación de la personalidad, algo así como..."éste soy yo y éste es mi territorio", una especie de *cogito ergo sum* de la prehistoria. O quizá que fuese una invitación al semejante a abandonar sus tierras. O simplemente una sincera propuesta de colaboración en tareas cotidianas como cazar o protegerse del frío. Yo me inclino a pensar que la primera conversación entre homínidos no fue muy cordial, más bien una primigenia lucha en busca de una autoafirmación que pudiese garantizar la supervivencia de cada ejemplar. Sea como fuere, lo más importante es que estas primitivas conversaciones descartaron al mono para siempre sembrando la semilla de un ser humano que sentía ya la necesidad de reafirmar su singularidad y transmitir su pensamiento a otro semejante en una desesperada búsqueda de aceptación, compañía o supervivencia.

El ser humano es un verdadero prodigio de la naturaleza. Es capaz de abstraer, conceptualizar, soñar, imaginar y comunicar. Es un ser cuyas capacidades y aptitudes parecen no tener límites. Hemos podido comprobarlo en las maravillosas empresas que el ser humano ha abordado a lo largo de su corta historia sobre la Tierra. Sin embargo la capacidad de transmitir un lenguaje puro, honesto y constructivo, que refleje sin contaminación alguna los pensamientos que fluyen por el cerebro del hombre moderno ha sufrido un efecto inverso. Ya no decimos lo que pensamos para comunicar nuestro más profundo y honesto yo ni para buscar reprobación o aceptación. Hemos seguido evolucionando y, aparentemente, hemos perdido esa sinceridad del pro-hombre descendido de los árboles africanos que transmitió verbalmente sus necesidades más vitales durante miles de años. Ahora el *sapiens* moderno queda ya muy lejos de su ancestro prehistórico, comunica para operar un cambio en el entorno que aparentemente no precisa en términos de supervivencia ni en aras de una mejora personal o espiritual. Ahora el *homo sapien sapiens* parece interesado en perseguir el placer por el placer, la codicia y la mentira a unos niveles quizá nunca vistos en la historia de la especie humana. Y mucho me temo que podemos hacer poco para evitarlo pues toda esta panoplia de sensaciones parece ser fruto de la evolución cerebral del ser humano.

Hoy somos mucho más complejos que hace 200.000 años, fecha aproximada de la aparición del *sapiens* y, por lo tanto, del lenguaje superior, sobre la faz de la Tierra; aunque millones de personas pasan hoy hambre en el mundo, hace ya tiempo que descubrimos infinidad de formas de alimentarnos. Hace mucho que descubrimos el arte, las matemáticas, la literatura, la música, la tecnología, la economía o la astronomía y nuestro cerebro, siempre ávido de novedades, no ha dejado de emprender nuevas búsquedas que satisfagan su enorme ansia por conocer y reconocer el entorno. Pero si bien el discurrir de la evolución no tiene freno sí nos encontramos ante un momento histórico en el que podemos y debemos condicionar y encauzar dicha evolución haciéndola atravesar senderos productivos a través de los cuales alcanzar cotas nobles y empresas constructivas. La especie humana no puede permitirse más holocaustos, guerras mundiales ni hambrunas endémicas. La desesperanza, el desánimo y las ansias de evasión inundan hoy los corazones de millones de seres humanos. Tenemos la sensación de que lo hemos visto todo, de que lo hemos comunicado todo y, en ocasiones, despreciamos la parcela de mundo que ocupamos. Hemos generado una autocomplacencia basada en satisfacciones efímeras y placeres inducidos que ha nublado nuestra visión del mundo y nuestro lugar en el universo.

La etnolingüística, la lingüística antropológica y el conductismo lingüístico, que estudian el impacto del entorno en el ser humano a través del lenguaje que éste utiliza, con independencia del idioma que emplee, nos enseñan que el ser humano moderno ha entregado su existencia a una causa desenfrenada de guerra, avaricia y hedonismo. El lenguaje delata todas nuestras ideologías y elucubraciones más enraizadas. El orden de las frases que pronunciamos (sintaxis), el vocabulario con el que elegimos comunicarnos (semántica) y la entonación que empleamos (fonética) son elecciones profundamente personales. Estudios recientes han demostrado que términos utilizados en la antigüedad más lejana del hombre como "yo", "territorio", "supervivencia", "estrellas", "semejante", "felicidad" han dado paso a la utilización habitual en conversaciones de diferente índole de términos como "odio", "terrorismo", "mentira", "enriquecimiento", "sexo", "infidelidad" o "depresión". Nuestra predisposición genética, el entorno, nuestros padres o tutores y nuestra educación nos otorgan el instrumento de la comunicación: el lenguaje, y en diferentes grados, pero el uso que de éste hacemos es elección nuestra. Y la elección que ha hecho el ser humano moderno es el uso de un lenguaje belicoso, pecuniario y tremendamente autocomplaciente. El oscurantismo siempre ha estado presente en nuestra especie, en forma de rituales, supersticiones, inquisiciones, fundamentalismos religiosos o guerras pero estamos en un momento histórico en el que el lenguaje ha de desterrar de nuestras conversaciones para siempre el dolor por el dolor, el placer por el placer y la avaricia por la avaricia.

Hoy prestamos poco interés al lenguaje, a hablar y a escribir correctamente (en el plano formal), y lo que es más preocupante, utilizamos el lenguaje superior como el vehículo oficial de la mentira y la semilla de la ignorancia. Nunca hemos estado más adelantados en el plano tecnológico ni hemos tenido tanta información sobre nuestro entorno como la que ahora poseemos. Nunca nos hemos conocido tanto a nosotros mismos. Por desgracia nunca hemos sido tan lingüísticamente incompetentes como ahora y no se trata de una incompetencia meramente formal al pronunciar mal éste o aquel término o desconocer la grafía correcta de una palabra o al olvidarnos una tilde. Somos incompetentes lingüísticos porque estamos inmersos en una absurdez intelectual de la que no somos capaces de escapar. La evolución no dotó al ser humano prehistórico de un aparato fonador y un sistema lingüístico para que sus comunicaciones estuvieran vacías, fueran capciosas o absurdas. El lenguaje que llevamos dentro vive y respira porque nuestro cerebro así lo ha querido tras miles de años de evolución de nuestra especie. El lenguaje muestra nuestro yo más profundo y ancestral, como el de nuestro familiar descendido de los árboles africanos. En muchas ocasiones los eufemismos nos ayudan a evitar representar el mundo tal y como éste se manifiesta ante nuestros ojos. Términos como "hambre", "guerra", "dolor", "enfermedad", "SIDA", "pobreza", "injusticia" o "corrupción" son proscritos en muchos idiomas y, en cierto modo, sustituidos por otros más correctos, a nivel político, civil o social.

Pero el ser humano no es así. Al menos hubo un tiempo en el que no lo fue. En nosotros anida una necesidad vital e irrefrenable de extrovertir nuestro yo más íntimo para adaptarlo a nuestro entorno. Hoy hemos aprendido a camuflarnos a nosotros mismos a través de nuestro lenguaje. Me pregunto cuando comunicó el ser humano una mentira por primera vez. Probablemente sólo fuese una autodefensa. Todos los neurolingüistas parecen estar de acuerdo en que existe una capacidad innata en el ser humano para desear comunicarse con sus semejantes, para intentar la comunicación con otras especies (ballenas y delfines son la punta de lanza de estos intentos experimentales de comunicación) y para comprender y modificar el entorno a su conveniencia; sin embargo la calidad de nuestra comunicación ha disminuido significativamente. No prestamos mucha atención a lo que nuestros semejantes nos transmiten, leemos por encima y, lo que es más preocupante, nos negamos a escuchar, prescindiendo así de la oportunidad de aprender. Y es que estamos programados para recibir información de calidad, veraz y fruto de una reflexión profunda y sincera. *Quid pro quo*. Nos estimula lo mismo que nosotros ofrecemos. Cuando percibimos que no es así, nuestra auscultación del entorno baja y nuestro interés en nuestros semejantes disminuye. En un mundo cada vez más ensombrecido por la desesperanza y la codicia donde, salvo la contribución aportada por los científicos, estudiosos e intelectuales, los estímulos positivos y constructivos parecen estar dando sus últimos coletazos y donde el uso de un idioma sencillo, cooperante, proyectado en el presente y trasladado al futuro a nadie interesa ya, yo me pregunto...¿por qué seguimos comunicándonos cuando todo parece dicho?, ¿es indispensable la comunicación para garantizar la supervivencia de la especie?, ¿qué pretendemos al expresar nuestras ideas, pensamientos o planes a nuestros semejantes?, ¿realmente hemos de hablar forzosamente?, ¿podemos entender el mundo sin necesidad de representarlo verbalmente en un sistema lingüístico organizado?, ¿por qué seguir comunicando? ¿para qué?

Algunas respuestas quizá viajen a bordo de las sondas espaciales *Voyager 1* y *Voyager 2* lanzadas al espacio por la NASA desde Cabo Cañaveral el 5 de septiembre y el 20 de agosto de 1977 respectivamente. El ansia del ser humano por comunicarse con inteligencias que pudiesen comprender nuestra existencia nos hizo lanzar ambas sondas en la década de los setenta. A bordo viaja un disco dorado que contiene una imagen con los dos estados del átomo de hidrógeno, una representación en código binario, nuestra ubicación en el Cosmos a partir de los 14 púlsares que indican nuestra posición dentro del Sistema Solar, 115 imágenes de la Tierra, otros tantos sonidos, música, un mensaje de los entonces presidentes de Naciones Unidas y Estados Unidos, Kurt Waldheim y Jimmy Carter respectivamente, saludos en 55 lenguas (algunas muertas como el hitita, el lenguaje acadio, el arameo o el sumerio) y el mensaje en latín *ad astra per aspera* (de las penurias a las estrellas) transmitido en código Morse. La energía de las sondas les permitirá surcar el espacio profundo en el que ahora se hallan hasta aproximadamente el año 2020. La comunicación que obtendremos será, con toda probabilidad, el silencio.

Pero qué viaje tan fascinante hemos recorrido desde nuestro descenso de los árboles en la sabana africana. Hace miles de años antes dijimos allí nuestras primeras y balbuceantes palabras, emitimos nuestros primeros sonidos inteligentes. Desde entonces hemos mejorado nuestro instrumento de comunicación por excelencia, el lenguaje hablado, y hemos sido capaces de expresar arte, matemáticas, inteligencia, compasión, cultura y tecnología. Hemos aliviado mutuamente nuestra existencia, hemos entendido nuestro mundo y nos hemos aventurado a las estrellas en busca de una voz amiga. A pesar de todo, nos sentimos solos en un planeta habitado por casi siete mil millones de personas. Le hablamos a las estrellas aún sabiendo que la posibilidad de respuesta es, a día de hoy, ínfima. Decimos sentirnos incomprendidos, aislados, siempre a la caza de un semejante que empatice con nosotros. En ocasiones parece motivarnos más la comunicación que la erradicación del hambre en el mundo. Queremos comunicar pero cada día que pasa comunicamos menos, peor, cargamos muy poco nuestras conversaciones de sentimientos puros y de información valiosa y prometedora. En ocasiones parece que no saber qué decir ni a quién. Estamos en los albores del siglo XXI y avanzamos irremisiblemente hacia una esterilidad lingüística cada vez más evidente quizá fruto de una pérdida de los valores humanistas y científicos que una vez fueron

principios rectores. La lingüística, el estudio científico del lenguaje, y sus ramas de estudio son herramientas que, en manos de los especialistas, nos permiten conocer y desmontar los mecanismos que conforman una lengua para operar sobre ella a fin de mejorarla y depurar la comunicación hablada. Pero la lingüística es una disciplina prescindible; el motor que pone en marcha todo el sistema lingüístico es el *impulso comunicativo* del que hemos hablado, y éste es inextinguible.

No obstante toda la estructura lingüística y comunicativa del ser humano descansa sobre la *calidad comunicativa*, hoy en franco retroceso, de nuestro mensaje. En la actualidad somos capaces de traducir nuestras inquietudes a otras lenguas, incluso las inquietudes de aquellos que hablaron en lenguas hoy ya desaparecidas como el sánscrito o el arameo, hemos podido descifrar jeroglíficos y lenguajes encriptados, hemos descubierto la piedra Rosetta y hemos conseguido llevar nuestro mensaje al espacio interestelar. Los mecanismos de la comunicación humana no parecen tener secretos para nosotros. Sin embargo todo este esfuerzo será baldío si no velamos por la calidad informativa y emotiva de nuestra comunicación. Evolucionar significa mejorar, adaptarse, encajar en un entorno cambiante y, a menudo, hostil. El lenguaje no vive al margen de la evolución y debe reflejar el progreso y las necesidades humanas en cada momento de la historia sin eufemismos, silogismos o demagogias mal entendidas. Ha de estar cargado de semántica, de lo contrario el lenguaje se convierte en un cúmulo de sonidos muertos, vacíos e inútiles. El lenguaje humano nació para ser constructivo, científico, progresista y pragmático no para ser oscuro, egocéntrico, despreocupado y retrógrado. El lenguaje surgió fruto de un enorme salto evolutivo que todavía estamos estudiando y cuyas claves no conocemos del todo, y sólo puede entenderse como una herramienta de progreso. Además nuestro cerebro está preparado para procesar y decodificar un lenguaje elaborado desde la semántica, el orden y la lógica. Desde el sótano de los tiempos hemos clamado por nuestra supervivencia, por nuestra identidad, por nuestro lugar en el mundo y por nuestra incansable búsqueda de respuestas. La voz del mundo es la de nuestras lenguas y dialectos que transportan estas inquietudes desde tiempo inmemorial y que nos han permitido llegar hasta este momento de la historia. La historia del lenguaje humano es la historia de nuestra propia supervivencia. Ése es nuestro destino lingüístico. Nuestro único destino.